

LOS ESCENARIOS GEOMÉTRICOS DE VERÓNICA ROMERO

Por Antonio Abad

Hasta qué punto nuestra mirada no es más que un cauce que nos lleva desde la retina hasta nuestro corazón. Miramos el mundo, miramos lo que nos rodea. Lo hacemos una y otra vez.

Mirar es reconocerse y reconocernos en la luz. La mirada es una chispa que cobija el incendio que arde o debe arder en nuestros sentidos. Mirar, sobre todo un cuadro, es algo más que enfrentarse a un objeto que alguien ha colgado en la pared.

Un cuadro es otra cosa. Un cuadro —una pintura, queremos decir- es la constatación de un hecho trascendente. Lo que se ve no es solo lo que se ve. Más allá del contenido observable, ya sea un paisaje, una figura o una abstracción, hay -principalmente- un trasunto que viaja desde la realidad a otra realidad a través del color y las formas

Eso es lo que hace Verónica Romero, trasgredir lo inasible para convertirlo en sustancia de nuestra mirada. El cuadro, sus cuadros, son una suerte de escenarios en donde se representa tanto el misticismo del color como la geometría del silencio; en resumen, el universo de las formas donde la recta o la curva deslizan un espacio sobrio, partícipe a su vez de un lenguaje simbólico. Se trata de un arte de estructuras geométricas surgido de la observación del orden natural, estructuras que están presentes en todas las artes y son comunes a todas las civilizaciones: el cuadrado, el triángulo, el círculo...

Y es que el arte geométrico no se ha inventado ahora. No es otra impostura de las vanguardias del siglo XX o del XXI. A lo largo de todo el desarrollo artístico de la humanidad siempre ha estado presente. En el Paleolítico, además de la figuración encontramos un arte representado por trazos lineales de carácter abstracto. En el Neolítico, la geometrización se hace más estilizada alejándose de la realidad empírica. Más adelante, el uso de la ornamentación (grecas, orlas, cenefas) de los mosaicos tanto griegos, romanos o paleocristianos marcan otras pautas en el uso de las formas simplificadas. Se llega después a la sistematización de la perspectiva en el Renacimiento; sin olvidar el arte islámico cuya abstracción geométrica es una realidad en sí misma.

Podemos decir que todo ello desembocó en determinados movimientos vanguardistas, llámense constructivismo, suprematismo, neoplasticismo... (Malévich, Albers, Stella, Max Bill, Noland, Newman....), siendo un medio expresivo fundamental en la obra de muchos artistas. Es el caso de Verónica Romero.

Su pintura es ante toda una suerte de conceptos simbólicos y semióticos que están asociados a las formas geométricas y, por lo tanto, guardando una estrecha vinculación con el misticismo, de ahí sus referencias a las «Moradas» de santa Teresa, o a sus «Pentecostés» en clara alusión a la Semana Santa.

Decía Maurice Denis que «a través de la superficie del color, del valor de los tonos y de la armonía de las líneas es como se llega a la mente y suscitar las emociones». Verónica Romero lleva a cabo una decidida voluntad de simplificar sus composiciones y hacer —si cabe así decirlo— un uso espiritual del color. Hay en todo ello una actitud poética y un planteamiento reflexivo. Sin caer en el minimalismo, su gramática pictórica deviene una especial fijación por el color, un color no construido con tintas planas sino con la acumulación de capas sucesivas de acrílico que en la superficie del lienzo tratan de conformar estructuras homogéneas, revestidas al mismo tiempo de ciertas calidades. El contorno de las formas, a su vez, vienen delimitadas por líneas difuminadas, sin límites claros, más bien parecen desenfocadas, que tratan de romper la dureza de los distintos espacios de la composición con unas demarcaciones menos acusadas y más sugerentes como si quisieran quebrar la uniformidad de los distintos elementos que la componen.

Al mismo tiempo, Verónica Romero intenta situarse en un espacio intermedio entre la superficie pictórica y lo tridimensional. Resultado de ello son sus series «petricor» (19 obras) y la ya aludida «pentecostés» (23 obras) que a modo de alegorías van creando formas geométricas capaces de expresar conceptos y significados. Un arte, por tanto, más conceptual que expresivo pero capaz de escudriñar en la sutileza de los sueños; ya que, en definitiva, toda creación pictórica es un sueño vertido en un soporte: en nuestro caso, la superficie de un lienzo

Antonio Abad